

ha visto Ramiro de Maetzu en el más agudo ensayo que hayamos leído sobre el Quijote. El Quijote es la estilización de la patética vida de Cervantes y expresa en un plano ideal la situación espiritual del pueblo español en 1600 ya de regreso de muchas fantasías y caballerías. El humorismo del Quijote, su carácter de caricatura trascendental, opina Maetzu, se debe a que Cervantes injerta en el corazón de un viejo juveniles sueños de amor, lo que convierte a Don Quijote en una especie de Romeo cincuentón; y al hecho tragi-cómico de que un viejo débil y alucinado pretenda hablar y actuar como un hombre en la plenitud de sus arrestos juveniles.

V

Es un pueblo de Castilla como cualquiera de los que ha dibujado el maestro Azorín con su ocre pincel. En la sala del mesón un hombre medita con la cabeza entre las manos. Tiene el cabello gris y el rostro melancólico. Este hombre mira a los niños que juegan en torno a la vieja fuente de piedra y a los solemnes hidalgos que se pasean bajo los soportales. Este hombre es un escritor casi desconocido de sus contemporáneos. "De rostro aguileño... las barbas de plata que no ha veinte años que fueron de oro; los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes ni menudos ni crecidos, porque no tiene sino seis y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño; la color viva, antes blanca que morena; algo cargado de espaldas y no muy ligero de pies, perdió la mano izquierda para más gloria de la diestra en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados ni esperan ver los venideros combatiendo debajo de las victoriosas banderas del hijo del rayo de la guerra Carlos V de felice memoria..." Este hombre ejerce el oficio antipático, a veces inhumano, de recaudador de impuestos. Este hombre evoca los días gloriosos en que la mañana se alzaba sobre los clarines y banderas de Carlos V; evoca sus juveniles sueños de poesía, de amor, de fama, de dinero. Ahora está solo, pobre, triste, viejo y cansado. Toma la pluma y continúa escribiendo las descomunales hazañas del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha. A lo lejos cantan los niños y la tarde cae de las campanas.

"Parda y desabrida  
la Mancha se hunde  
en la noche fría..."

EDUARDO CARRANZA

JOSE EUSEBIO CARO:

UN CLASICO DEL SIGLO XIX

Por ALBERTO GOENAGA, Jr.

Quién mejor pudo de este ínclito varón hablar si no su hijo ilustrísimo, su mejor obra, según el propio decir del más grande y famoso crítico hispano y hasta universal, don Marcelino Menéndez y Pelayo...

Mas no por esto se agotó todo el caudal literario para decir de un hombre, ni por ello la fecundidad de los entendimientos de hoy dejará de nombrarlo, no; por el contrario, hoy más que nunca, y por hallarnos envueltos en un vórtice espectacular de innovaciones, de modernismo, debemos, y con donaire, conducir nuestros sentimientos y pareceres con los de su ingente obra.

Muchos escritores del siglo XX han tratado sobre Caro en forma sapientísima, justa y didáctica, y, sin embargo, no sabemos por qué motivo de extraña procedencia, han dejado escapar asunto tan poderoso, estudio de tan grande importancia como el de su situación literaria; o tal vez, y concédanoslo el Helicón, que se abstuvieron de extraer del tintero toda su enjundia y conocimiento que para con este poeta se debe. Y es esto al observar de cómo muchos lo tildan de pseudo-clasicista, de innovador romántico en Colombia, cuando de lo que tiene es, solamente, de innovador de sus propias ideas.

El pseudo-clasicismo es un clasicismo débil, deforme y desafortunado, que en todo se aparta de la verdad absoluta del arte, pues se atempera a las tendencias que hacia aquella corren. Y es que el espíritu clásico ha asimilado toda la realidad del pensamiento universal y aquel que ha llegado a la verdad por ser su depositario. Todas las demás tendencias, en el orden de la perfección, no son otras más que una quimérica añoranza de la realidad intelectual. Aún nuestras naciones americanas en alma, no logran apreciar del todo ciertos rasgos espirituales, determinadas etapas de la cultura, y por ello sea que se procede con tal dominio sobre pequeñeces y concepciones efímeras y sin tendencia parcial ninguna, lo cual es algo así como huir de la cultura para orientarse hacia la civilización escueta, sin vida ni alma.



Cuando se conozca la edad clásica de América, se sabrá entender preclaramente la trascendencia de un movimiento modernista y peripatético de la cultura universal... Pero, ¿a quién se le ha de ocurrir llamarse heterodoxo si profundamente ignora los reglamentos que a la ortodoxia rigen?

¡Pero señores críticos de Colombia! ¿No os habéis dado cuenta de que es una palabreja insulsa y sin ninguna trascendencia? ¿No habéis caído de vuestra estelar vivienda, señores críticos, y dado cuenta de que vagáis desatentos por lodazales intelectuales al decir "pseudo-clásico"? Ese es el principio de contradicción con todas "sus sombras y en todo su esplendor" al mismo tiempo y bajo el mismo aspecto... Un joven de poco más de diez y ocho años ya lo decidió ha mucho tiempo, y ese joven fue Hamlet...

El pensamiento, como dijera Molière, cuando rezuma fantasía, razón y sensibilidad, está, si no de lleno en lo clásico, al menos en potencia y muy poco apartado de ese estado. Y sépase por demás, que el gran clásico francés sentía las obras en su espíritu, por lo que él se halló unido a la precita tendencia mediante lazos inextricables de emoción artística.

En Racine, Lope de Vega, Shakespeare, Esquilo, Cervantes, Milton, Dante, revélanse tres fuerzas aparentemente distintas de las anteriores, y son éstas, el pensamiento, el sentimiento y la emoción, digamos, estética.

En Racine opera con mayor insistencia el sentimiento; en Lope, Shakespeare y Milton se nos muestra con su influjo la emoción; el Dante y Cervantes están subyugados por el pensamiento. En Esquilo pueden apreciarse las tres gradaciones, siendo un caso inaudito, como lo son igualmente Homero y Virgilio con la fantasía, la emoción y el pensamiento, observados y contenidos en la Odisea y en la Eneida.

No se crea que aparecen de la imaginación estas categorías espirituales, no; son antiguas, datan de las primeras obras de sabor oriental y corresponden bien a las normas del clasicismo, el que se hace difícil de enmarcar en una palabra que lo formule debido al amplio vuelo que realiza el espíritu en busca de la verdad estética. De ahí que llamemos aquí tendencia a lo que se ha venido nombrando escuela; y es porque ésta reduce, precisa, ata, oscurece y transforma en áspero un pensamiento, mientras el espíritu se esfuerza por prolongarse, por soltarse, por iluminar y producir ingrátida tersura; por eso siempre tiende...

Ahora que esto se sabe, pasemos a observar el por qué tan marcado de preponderar tal o cual estado de alma en un autor, y el por qué de ser clásico. Racine, sin más concierto que el de su alma, muchas veces lloró ante un atardecer, y años después, murió a causa de un desprecio de su rey, es decir, de tristeza. La "tendresse" que pone de manifiesto en Atalía, la misma soltura que en esa obra utiliza, el deleitado fervor por las palabras dulces y los imitadores de su exaltada sensibilidad, denuncian que en su obra prevaleció ese estado íntimo... De Lope, Shakespeare y Milton, ¿se ignora acaso que fueron presa de la emotividad, y sobre todo el primero? ¿Por qué el grato cariño que nos obliga a recordar sus obras, la Estrella de Sevilla, Fuente Ovejuna, La Dorotea, y la extra-

ordinaria amistad que nos despierta Hamlet, el mismo Otelo y Macbeth? Sus obras ya estarían cubiertas con polvo de olvido si no es porque innúmeros personajes enamoran, hacen amistad y hermanan con nosotros... ¡Qué fue Milton! Su grandeza y su felicidad, ¿dónde se encuentran? Hélas ahí, en El Paraíso Perdido, el que hace que su amargura lo emocione terriblemente y lo vuelva a su mundo interior... ¿Será necesario decir que el Dante y Cervantes pensaron intensamente, que el Dante y Cervantes filosofaron profundamente, que fueron moralistas, en juego con la vida sobrenatural el uno, con la vida del hombre común el otro?... Y Esquilo, la sublime excepción, que creó el primero al hombre literario, que sintió el espíritu y oyó hablar el corazón, nos da a Prometeo, resumen de esa trilogía que le asignamos ha unas líneas.

Mas, ¿cómo llegaron a ser clásicos? Por expresar sin intención ninguna todas sus intenciones; por creadores; por profetas; por humanos y por tremendamente fraternales...

Y quien balbuceó en griego y cuyo primer pensamiento se embriagó en el Lacio; quien irrumpió en las literaturas nacientes y las bebió, y que infiltró su espíritu por el tamiz de las filosofías alemanas, para entonces, una vez hecho ese acopio, convertirse en poeta clásico, fue Caro.

La lucida aparición del romanticismo en su forma depurada, nada le hizo; se fue a tomarlo de sus fuentes primigenias en Alemania, y lo exornó después con la lenidad del pensamiento francés. Ya con un alma de cadencias, lo sometió al rudo buril del alma sajona. Pero al querer traducir todo ese acervo, ese profuso contingente de toques estéticos a su lengua nativa, se vio de improviso subido en alas de un lujoso torbellino de esplendor, de brillo y de cadencias tales, que creyó su idioma de extraño parentesco con el idealismo y lo notó con raro sabor profano. Entonces, apoyado en esas libertades, intentó algo, algo que se trocó en prodigio: lo maleable de la lengua hacia del verso una boyante expresión del pensamiento. Varió la métrica a lo largo de la composición, volcó sobre ella, ya sin cadenas, sus ideas, y emergió su pensamiento con fuerza bíblica, simbolista.

Caro tiene el poder de innovar renovando, diciendo de las cosas, sin ir en mengua de su originalidad, cual embalsamando hogaño con perfumes de antaño.

Tal es como con el más sencillo de sus versos cubre el más simple de sus pensamientos, observando con Víctor Hugo que lo simple es sinónimo de infinito. Para entender y comprender a los clásicos, débeselos traducir al lenguaje de la Naturaleza... Caro es el mar... profundo, adusto como la roca, sereno como la onda, leve como la brisa; en él se exaltan el pensamiento y la emoción. Veámosle proscrito cuando se retira sin apartarse; se desprende sin abandonar su época; en iguales circunstancias de manera aparente y calmada con respecto a esta agrupación pequeñísima que en la trayectoria humana ha venido apareciendo, de inteligencia superiores que se adelantan a su época, o mejor expresado, ya que una época es elaborada por los individuos que atraviesan los campos de la existencia, que siendo visionarios, elaboran en el futuro

lejano su desarrollo y evolución, sobrepasando el presente en que no se puede decir que viven, sino que vegetan; ellos habitan esferas superiores, han dado mayor ímpetu al infinito soberano de su esencia y trayectoria más ancha, más prolongada, han escogido por sendero de su espíritu. Y Caro, en esa soledad interior, cuando se alejó de las ideas católicas para sentir aletear su alma y lanzarse en su infinito en busca del otro que está en Dios y que es eterno, entonces realizó plenamente su peregrinar por la tendencia clásica, porque vislumbra su necesidad de humanidad, su hondo deseo de fraternizar, su necesidad de abandono total a los hombres.

Caro es el siglo XIX literario de Colombia y de América, por ser la tendencia que da pábulo a un pronto desenvolvimiento que tendrá lugar en el sentimiento de los simbolistas de América; de ahí que nuestro siglo XX no pueda tener clásicos todavía, puesto que vehementemente los desea extraer de sus neófitas creencias, coronándoles de gloria, cuando los espíritus de esa esfera solamente aparecen si ante el desprecio, ante la incomprensión, ante el desengaño, ante las dificultades que los accidentes operan sobre ellos, cuando ante lo que se creyó imposible de franquear, se superan las potencias que los agitan y se imponen con el tiempo. Sí, porque la belleza nace del contraste, como la grandeza se genera en el sufrimiento.

Quien no sufra ahora, no será dichoso después... quien es dichoso ahora, es porque no ha sufrido nunca. Este es el doloroso crisol que purifica estas almas extraordinarias de hombres que nacieron para dedicarse al arte y a la belleza... Y la vida, o mejor quizá, la labor desarrollada en la vida de Caro por las Erinnis, hizo nacer el principio de su verdad estética, lo emotivo y profundo de su obra, y el infinito del hombre que en él hubo.

Quien es clásico, ha llegado a penetrar lo verdaderamente bello, se ha llegado a fundir con las obras de la Naturaleza, es decir, que se trata de aquel hombre que mejor se ha encaminado hasta Dios. Las obras de la Naturaleza, decía Goethe, son siempre como una palabra de Dios llena de vida; la Naturaleza es un libro que contiene revelaciones prodigiosas, inmensas; todo está escrito en alguna parte; la dificultad está en encontrarlo... Pero todo se hace patente en la conjunción de espíritu y Naturaleza por la búsqueda desenfundada de lo infinito, o si esto es obscuro, por acumular las partes del Gran Todo que principia por nosotros y no terminará jamás.

Así ubicados, así saturados con las palabras de Agustín de... "como el mar está en la esponja y la esponja en el mar", débese de encontrar el espíritu del clásico con relación a la Naturaleza, la cual es el camino, y a Dios quien es la morada.

Sepamos de esa divina unión por propia voz escrita de Caro cuando dice, solemne y grande, al encontrar la verdad a que lo condujo un lampo del Gran Todo...

Y un pensamiento de luz entonces llena mi mente:  
¡Pienso que tú, tan largo y tan ancho, y tan hondo y tan vasto  
Eres, con toda tu mole, tus playas, tu inmenso horizonte,  
Sólo una gota de agua, que rueda de Dios en la mano!

Y después, en alas del sublime raptó de inspiración, cae, como una partícula de ese infinito, en la extraña posesión del desengaño, del desengaño que lo lleva a verse y contemplarse dentro de las márgenes de lo efímero, de lo contingente, y formando parte inoperante de la Creación y de la grandiosidad de la existencia universal. Tal cuando dice:

¡Oh, morir en el mar! Morir terrible y solemne  
Digno del hombre! ¡Por tumba el abismo; el cielo por palio!  
¡Nadie que sepa dónde nuestro cadáver se halla!  
¡Que echa encima el mar sus olas y el tiempo sus años!

A pesar, mucho se queda sin decir de Caro, harto de su alma se nos escapa de las manos cuando lo hemos pensado, y para lograr traerlo completamente, menester es el tratar decididamente acerca del neto y puro espíritu clásico, lo cual es labor grande, y en la cual bien se puede retratar en toda su plenitud, con todas sus fuerzas y potencias en juego con lo infinito. Baste por ahora lo dicho como preámbulo, como un prosenio al pleno conocimiento y al total acercamiento al alma del gran clásico colombiano...

ALBERTO GOENAGA,  
hijo.